

“Debemos dejar este mundo en mejores condiciones de como lo encontramos”

Wilson Araque Jaramillo
Economista

Es una frase pronunciada por Baden Powell –fundador del Escultismo, uno de los movimientos promotores del desarrollo humano a nivel mundial–; la cual, aprovechando que cada 5 de junio se celebra el Día Internacional del Medio Ambiente, nos lleva a reflexionar sobre la importancia que las personas, las empresas y los países debemos dar al cuidado de esa casa, en la cual vivimos, llamada planeta Tierra; casa que simplemente, cuando estamos vivos, nos han alquilado con el propósito de que en años posteriores sea habitada, en mejores condiciones de la que nos entregaron, por inquilinos de generaciones futuras. Como podemos apreciar la frase de Powell se alinea perfectamente al momento actual que vive nuestro planeta; momento que, en términos medioambientales, se resumen en un fenómeno que nos preocupa a todos: “el calentamiento global”; y del cual somos, también, todos responsables de su empeoramiento; debido, entre otras causas, a que, lamentablemente, el espíritu economicista se ha impuesto sobre el espíritu más humano y ambientalista; principalmente en aquellas naciones consideradas como las más industrializadas.

Ahora para evitar caer en un escenario de propuestas y acciones “extremas” –el economicismo radical en el un extremo y el ecologismo a ultranza en el otro– consideramos que el “desarrollo sostenible” es la alternativa idónea que nos permitirá conseguir una buena combinación entre “lo económico y lo ambiental”; definiéndose al desarrollo sostenible como aquella forma de

desarrollo que se preocupa por formas de producción que garantizan la satisfacción de las necesidades, tanto, de las generaciones humanas actuales, como, de las futuras.

En los últimos días, en el país, se ha empezado a discutir sobre la propuesta de impuestos verdes promovida por el actual gobierno; la cual sí es diseñada e implantada de acuerdo a parámetros técnicos y no políticos, como lo han hecho otros países, generará efectos positivos en la buena gestión medioambiental del Ecuador; contribuyendo, así, a la promoción de los principios del desarrollo sostenible como alternativa viable de la transformación productiva nacional con equidad social y preocupación ecológica.

Pero en la práctica, ya desde su diseño, esta propuesta de cuidado medioambiental vía instrumentos de política fiscal –impuestos verdes– empieza a tener ciertas distorsiones originadas por presiones de orden económico y político; por ejemplo el hecho de no cobrar el impuesto a los vehículos de transporte público, por temor a protestas gremiales orientadas a exigir incremento en el precio de los pasajes, es una de esas distorsiones.

Otra distorsión que se podría presentar es la vinculada con el destino de los fondos recaudados; pues, sí en lugar de emprender acciones orientadas a disminuir el deterioro del medio ambiente natural ecuatoriano, se destina a cubrir huecos fiscales ocasionados por el incremento significativo del gasto público; esos impuestos ya no serían verdes sino, más bien, impuestos salvadores de la liquidez gubernamental.